

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 66 AÑO 2008

TEMA 5: WAGNERISMO

TÍTULO: **EL AMOR SE INTERPONE**

AUTOR: *César Martinell*

Juventud, sentimiento refinado de artista, tuberculosis, el ambiente postromántico de la época... Tenía que ser. Un día conoce a una concertista joven y sus almas se inflaman en la misma pasión amorosa. Por si ello no fuese bastante, los padres - médico él, por añadidura - que velan celosamente la delicada salud del hijo, se oponen a tales amores y convierten el idilio en drama.

Marsillach fué primo segundo de mi padre y en casa siempre oí hablar de él con elogio; alguna vez, entre las acostumbradas alabanzas se aludía a estos amores con aire de misterio. Recuerdo haber oído que se llegó a recurrir al obispo para disuadir de su empeño al joven- enamorado. Posteriormente, a partir del año 1939, convivió en mi casa, hasta que murió en ella el 1943, la segunda esposa de su padre, la cual añadió a mis recuerdos de infancia que la amada era concertista, que el obispo en cuestión fue el de Vich; y que la madre hubiera sido más tolerante con los amores del hijo, pero quien se-oponía rotundamente era el padre.

Nada más sabríamos de tales contrariedades si no fuese por, algunas cartas que nos permiten reconstituir este episodio sentimental.

A últimos del año 1878 el matrimonio Marsillach, que se ha dado cuenta de los amores que cree perjudiciales para la salud y felicidad de su hijo, doliéndole prescindir de su compañía, se resigna a alejarle de Barcelona, donde reside su amada, y decide que siga sus estudios en Madrid, al lado de Letamendi, trasladado recientemente a la Corte. Tal decisión contraría también al hijo quien hace lo posible para evitarlo, sin conseguirlo.

Hétele, pues, en Madrid, transido de añoranza, en espera de la primera ocasión de volar al lado de su adorada. Cree que esta ocasión se ha presentado con la doble onomástica de sus padres, Juan y Juana, pero el padre no se llama a engaño. El mismo día 24 de junio de 1879 le escribe para consolarle en lo

posible: «El día de hoy se ha pasado en casa como puedes figurarte; tu madre llorando y yo disimulando mi tristeza para no aumentar la suya.» Y añade: «Por otra parte, ¿crees tú sinceramente que tu corazón te, llamaba aquí por el gusto de ver y estar con tus padres? ¿Has olvidado que el año pasado en tal día dedicaste dos horas escasas a su compañía?».

El joven Marsillach sigue en Madrid hipersensible por lo que a sus amores se refiere y lleno de suspicacias hacia cuantos sospecha que pueden inmiscuirse en los mismos, influidos por sus padres, llegando a acusar á éstos de determinadas maniobras, lo cual provoca una carta llena de patetismo y energía en la que el padre se ve obligado a decir lo que no quisiera:

«Barcelona 18 de julio de 1879.

Sr. D.

Mi querido hijo: Va la presente sin nombre para que quede ignorado para siempre a quien ha sido .dirigida..” Aclara algunos puntos, entre ellos el infundio de haberse negado a facilitar al poeta Guimerá, amigo de Joaquín, la dirección de éste y resume el hecho diciendo: “Otro hijo que no tú, aun en el caso de que se le hubiese dicho concreta y claramente lo referido, se habría negado a creerlo.» Es una carta extensa, que alcanza ocho cartas y en la cual se toca también sus intenciones de dejar la Medicina. Ya cerca del final, contestando insinuaciones del hijo, aclara: «Si tú hubieras ido, en tiempo hábil se entiende, y por procedimientos decorosos á elegir esposa entre las acogidas en la Casa de Misericordia, hubieras obtenido mi consentimiento, a condición de tener las cualidades necesarias para hacerte dichoso.»

Parece que la actitud enérgica del padre le retuvo alejado de Barcelona aquel año y los dos siguientes, en los cuales aprovechó las vacaciones en bien de su salud tomando las aguas de Urberuaga de Ubilla, en Guipúzcoa. A primeros de octubre de 1881 emprende con su padre el viaje por Europa y Oriente Medio, del que a mediados de enero siguiente regresan a Barcelona donde vuelve a residir, con largas temporadas en Caldetas por consejo del doctor Robert que atendía su enfermedad.

Esta ausencia de tres años no ha entibiado el amor, que toma nueva fuerza con la proximidad, y por mediación de dos prudentes amigos, expone a su padre el propósito de, casarse. El doctor Marsillach cede de manera forzada.

Salva para su hijo su inquebrantable afecto y deseo de buena relación, pero se desentiende en absoluto de su esposa e hijos si los llega a tener.

¿Qué mujer sería esta amada que sus padres no aceptan? Por su correspondencia se deduce que fue una concertista estimable, entusiasta del piano. Hay un telegrama dirigido a Madrid que dice: «Certamen verificado premio primero, primer lugar Pura». Por otras cartas vemos que, aparte de la oposición paterna, las relaciones entre los novios no eran siempre apacibles. En una de ellas leemos: «Nunca creí que te pusieras tan raro. Pues mira; te lo digo seriamente, mi genio se ha hecho para ser independiente, no me gusta que me contradigan, como te pasa también a ti, pues si quieres paz haz tu gusto y déjame a mí con el mío, de otro modo no paso por nada. El piano es mi vida, tocar en todas partes es mi mayor dicha, y como con ello no ofendo a nadie, deseo seguir haciéndolo... no digas a nadie que esto te disgusta porque como Mamá me diga algo tendremos un disgusto serlo.» Esta carta es del 25 de marzo de 1882. En otra del 7 de abril, se adivina que hubo discrepancias por la elección de determinada pieza en un concierto y resume «Tú en tus asuntos haces lo que te parece y te pido que en los míos me dejes hacer ...»

Este tono autoritario, que podría evocar una mujer independiente y dominante viene desvirtuado por otros párrafos de absoluta sumisión y arrobamiento. Antes de terminar esta última carta, le dirá: «Ven cuando llegues a verme, no puedo más, te amo, te adoro, no quiero sin ti la gloria, Joaquín, mi Joaquín, ámame, ven, te lo pido de rodillas, no me dejes, no me olvides, no me, hagas llorar.... Soy muy desdichada y quisiera no vivir ya. Todo lo he sacrificado por ti... yo no te he dado nada, nada merezco, nada de amor en tu carta de hoy y luego dices que tu amor es el mayor. Si no necesitas verme no vengas; pero “yo te amo” con todo mi corazón. Tu esposa, Pura.»

En noviembre vuelve a estar en Madrid e insiste en su plan de boda, -que el padre cree perjudicial a su salud, temor que avala con un informe del doctor Robert que termina diciendo «Por de pronto puede asegurarse que nada determinaría un mayor avance en el proceso pulmonar -como las excitaciones de orden genésico, sean de la clase que fuere. Doctor Robert.»

Sigue a esta carta un breve período de discusiones y tiranteces hasta que, probablemente por intervención materna, el padre se aviene a los deseos del-

hijo con la condición de que previamente restablezca su salud, ya que los médicos califican de curable su enfermedad.

EN CASA DE WAGNER

El doctor Marsillach, atento a la salud y al solaz espiritual de su hijo, le deparó un bello viaje. Salieron, uno de Barcelona y otro de Urberuaga, y se encontraron en París el 8 de octubre, junto con otros cuatro compañeros barceloneses, dos de ellos - Bernardino Martorell y su esposa. Visitan París. Estrasburgo Carlsruhe y Stuttgart con cuanto tienen, de notable. Uno de los atractivos que para Joaquín tuvo el viaje fué el de ir a Bayreuth para visitar y conocer personalmente a Wagner, lo que realizó, dejando que sus compañeros se fueran directamente a Munich, desviándose él por Nuremberg y llegando a Bayreuth al atardecer del día 14.

Lo primero que hace al llegar al hotel es pedir hora al Maestro, quien le cita por tarjeta para las nueve. La Impaciencia le hace largas las horas, según refiere él mismo: «Con ansia esperaba el momento supremo de ver de cerca a ese hombre extraordinario a quien yo admiraba y quería sin conocerle. Sonó por fin la anhelada hora, y me lancé a la calle con el afán del que va a recoger un tesoro temiendo que se le escape.» Aquel cuerpo enclenque, lleno de un espíritu vigoroso y apasionado, atraviesa las calles desiertas, salpicadas de menuda lluvia, en noche triste y fría, temeroso de que se desvanezca la dicha de aquella entrevista no siempre fácil de obtener.

Sin guardar antesala es introducido en lujosísimo salón de estilo oriental donde se hallan el Maestro con su esposa y un hijo de ambos que está durmiendo. La suntuosidad dominante contrasta con la sencillez y afabilidad con que es recibido. Wagner es bajo de estatura, de facciones prolongadas, nariz aguileña, ojos vivos y penetrantes... vestía una bata de raso negro con cuello y bocamangas de pieles. Cósima su mujer, de más elevada estatura, tiene el mismísimo tipo de su padre el abate Liszt

Estaba arrebuada en una holgada bata de raso blanco guarnecida de pieles finísimas La conversación se desenvuelve en francés, que Cósima habla correctamente,, (además entiende el español aunque no lo hable); el Maestro «habla el francés con dificultad, pero con viveza, y a veces parece como que

refunfuña entre dientes»; no entiende el castellano, pero muestra predilección por nuestra literatura y tiene en su librería obras de Cervantes, Lope y Calderón con la esperanza de poder saborearlas algún día. La señora hace escribir al visitante en un papel el nombre de Peña y Goñi, y le ruega que lo pronuncie, así como el suyo propio.

Wagner mostró en esta entrevista gran entusiasmo por España, que no conocía y esperaba visitar después del estreno de Parsifal, entrando por Barcelona, siguiendo hacia Valencia, Almería particularmente Sevilla, «de donde conozco un ¡Barbero tan bueno!», como le dice con humor. Hablan del teatro español contemporáneo y ella le pidió el Drama nuevo de Estévanez y el folleto Rienzi de Peña y Goñi, publicaciones que le mandó al regresar. Marsillach dice que en España la ópera italiana se ve sustituida por Meyerbeer y, Gounod, a lo que repuso Cósima: «¡Verdad es que no han ganado mucho con el cambio». Wagner dice que Parsifal «fue escrito primeramente en árabe y después traducido en Córdoba por un judío».

La conversación se alarga más de lo que esperaba el visitante, con gran contento suyo. Primero le han invitado a té, luego toman una cerveza y más tarde otra, en cuyas libaciones le acompaña el Maestro. Se habla de los españoles, de los alemanes y de los franceses. La conversación se hace familiar con ribetes de humorismo. Al ofrece Marsillach su alojamiento y decir que si bien en Alemania nunca sale el sol, él se hospedaba en el Hotel Sol, la señora replicó con gracia y naturalidad: «Es lo mejor que, podía usted hacer; pero es una precaución inútil».

La mañana siguiente visita la ciudad, el teatro y la casa de Wagner por fuera, que podría llamarse, si fuera lícita la frase, un idilio arquitectónico, y va a despedirse del Maestro. Está trabajando y no permite que le distraigan. Mientras aguarda a Cósima, que le recibe, tiene tiempo para ver nuevamente la suntuosidad de la mansión y el gran número de valiosos regalos, que guarda. La señora Wagner explica al visitante las razones por qué se establecieron en Bayreuth, que no acaba de gustarles a causa del clima.

Al año siguiente, con motivo del estreno de Parsifal el 26 de julio, volvió Marsillach a Bayreuth y visita nuevamente al maestro, quien le recibe con la

misma afabilidad y le encarga de buscarle alojamiento en Sevilla para el próximo viaje que pensaba realizar a España, lo cual permite suponer juntamente con lo ya referido, que Marsillach fué el español con quien Wagner se sintió unido por más franca amistad. Debió de ser en esta ocasión que, como recuerdo personal le regaló un cuchillo de bolsillo con útiles diversos, de los que se usaban entonces, y el nombre de Richard Wagner grabado en una plaquita de plata. A este cuchillo la familia Marsillach le dió el valor probatorio de la buena amistad que unió a su hijo con él Gran Maestro.

Fue la última vez que se vieron y el propósito de Wagner de visitar España no llegó a realizarse.

VIAJE POR EL ORIENTE MEDIO

Cumplida está parte importantísima del viaje, lo prosigue en compañía de los que le esperan en Munich, hacia Viena, Budapest, Bucarest y otras poblaciones intermedias, hasta Varna, en la ribera del Mar Negro, cuyas agudo tranquilas surcan hacia el Sur en noche estrellada de encanto estival.

La fase europea del viaje ha terminado." A las siete de la mañana del 27 de octubre entra el barco en el Bósforo de desiertas orillas al principio, para hacer más vivo el contraste con la magnificencia oriental que les espera. Muy pronto, él correr del barco, él Bósforo se convierte en "calle interminable de opulentos palacios de mármol o de alabastro, gallardas mezquitas y esbeltos minaretes,. De soberbios castillos y jardines encantados...» Después de unos días en Constantinopla... atravesan el Mármara, los Dardanelos, el archipiélago griego de colorido inigualable, Mitilene, Rodas. Chipre, hasta Beiruth, donde empieza el itinerario más pintoresco del viaje con Damasco y las ruinas de Balbek.

Visitar entonces estas tierras no era cosa fácil. La casa Cook organizó una caravana con seis caballos para los viajeros, el de la señora enjaezado con silla inglesa; otras 117 caballerías para transporte de tiendas, vituallas, ajuar y provisiones; seis ó siete mozos árabes mukris, que a ratos montan ágiles borriquillos y el dragoman que actúa de guía y jefe de la expedición: Por las noches paran el campamento, que consiste en cinco espaciosas tiendas en semicírculo; tres destinadas a dormitorios, una a salón o comedor y la otra a cocina y abrigo de los mozos. Por las noches necesita su guardia, ya sea de

los propios mozos o de soldados turcos de puestos cercanos, para precaverse contra las fieras o posibles asaltantes.

Con tal impedimenta el 18 de noviembre parte de Beíruth por caminos pedregosos y áridas montañas. Sigue varios días junto al mar en dirección Sur. «No subsiste casi nada de las edades antiguas, pero en cambio, no se puede dar un paso sin, tropezar con vestigios que indican el asiento de localidades célebres en cualquier concepto». Divisan Tiro entre suaves tintas del sol poniente, minaretes y palmeras. Pernoctan junto a ella y el temporal de agua y viento; les destruye las tiendas obligándoles a refugiarse en un convento franciscano. Siguen por una antigua vía romana hasta las frondosidades de San Juan de Acre, Monte Carmelo y Kaifa a cuya salida vuelve a surgir la estampa oriental de una recua inacabable de camellos.

El interés religioso del viaje se acentúa con la llegada a Nazaret. Visitan el templo de la Anunciación, el taller de San José, la fuente de la Virgen, y al atardecer del día 27, sienten la emoción de rezar el Angelus en el mismo lugar de la aparición de Gabriel a María. Luego Caná; la Montaña de las Bienaventuranzas, Tiberíades, Cafarnaum, Monte Tabor... Algunas noches oyen chillidos de los chacales que bajan del monte; tres hienas pasan cerca del campamento, que respetan por la hoguera que han encendido los beduinos.

Las bellezas naturales y el sentimiento religioso no le hacen olvidar su afición a la música, ni la finalidad curativa del viaje le auyenta su acostumbrado buen humor. Al pasar por Jericó se pregunta si las bíblicas murallas cayeron al son de la música wagneriana y asegura que, desde luego, no fue de Bellini. Al atravesar cada país anota 'sobré el pentagrama de sus apuntes, los cantos típicos que luego compara con la música oriental que figura en óperas conocidas o le sirven para estudios originales.

Mas allá de Jericó ven el Mar Muerto, entre montes en completa soledad y el seis de diciembre, con intenso frío, divisan Jerusalén. Recorren devotamente los sitios de la Pasión y comulgan en el mismo Santo Sepulcro, guardando su espíritu impresión imborrable. Visitan Belén con sus santos lugares y parten para Jaffa y la bella Ramleh, de cúpulas, jardines, aromas y palmeras, que pinta en su retina la última visión de Tierra Santa.

Han dejado la caravana, que les ha servido un mes y en Ramleh embarcan hacia la cosmopolita Port-Said, desde donde se dirigen a Ismailia por el Canal de Suez, y toman el ferrocarril egipcio que les lleva primero por desiertos y luego por frondosos vergeles de plantas tropicales hasta el 11 de enero en que embarcan en Alejandría hacia Nápoles; con su bahía, su Vesubio y su Pompeya. Llegan finalmente a Marsella, desde donde rinden viaje a Barcelona el día 11 con el alma radiante de emociones, la menté llena de recuerdos y la ilusión ávida de producir nuevos estudios que sólo en parte se realizarán.

MUERTE Y GLORIFICACION DEL MAESTRO

Cuando en febrero del 1883 la prensa barcelonesa dio cuenta de la muerte de Wagner, acaecida en Venecia el día trece, su amigo Mársillach, ajeno a tal posibilidad, recibió tan fuerte impresión, que, alguno de sus biógrafos la calificó de mortal, puesto que falleció al poco tiempo. Parece que al conocer la noticia su humor cambió de improviso y por primera vez en su vida contestó a su madre en forma destemplada y se marcha a Caldetas, queriendo dudar aún de la certeza de la pérdida de su amigo y maestro.

Así lo manifiesta en una carta que a los pocos días escribe a su íntimo amigo Esteban Sunyol: «Vaig anárme'n de Barcelona - dice la carta - dubtant encara de la mort de Wagner. Ara no puch deixar de creureho. No sabent que estés malalt no podia esperarme aquesta desgracia. Si no l'hagués conegut, m'alegraria de la seva mort; pero ara; més que del artista me recordo -de la seva ingenuitat de cor, de la seva amabilitat naturalíssimaEncara confiava veurel l'any vinent si haguessin fet «Parsifal y Tiristan a Bayreuth. Au diable tout”

A pesar del golpe recibido su actividad no desfallece y sigue trabajando con su estilo profundo, revestido de ironía que le da un atractivo especial. Uno de estos estudios, muy característico, que no llegó a publicarse, hace referencia a la gloria póstuma de Wagner. Tiene unas veinte cuartillas y lo tituló Ingreso de Ricardo Wagner en el Parnaso. Presenta éste con las celebridades musicales de todos los tiempos dispuestas a discutir la admisión del famoso músico alemán. “En el centró hay un solo escaño ocupado por Meyerbeer. Ocupa la

presidencia de la mesa el señor Rossini, teniendo a la derecha, a Boieldien, y a la izquierda, de secretario a Donizetti: La derecha de la asamblea se muestra contraria a la admisión y la izquierda - favorable. Defiende el acta en litigio Spontini que se halla entre las derechas, pero se siente obligado, al propio tiempo que para satisfacer sus convicciones, por «un deber hacia un hombre que siempre me había honrado con su sincera admiración». Intervienen Berlioz, Flotow y varias voces que -convierten la discusión en tumulto, y acaba procediendo a la votación. Al hacer el escrutinio el secretario halla -dentro de la urna un paquete de veinte votos en contra que antes Cherubini ha dado al presidente y éste se ha olvidado de desatar. Nuevo tumulto y apóstrofes entre los dos bandos, que están a punto de venir a las manos, cuando aparece Urania, la musa de la Astronomía, la diosa de la armonía universal, que la impone con su presencia a la agitada asamblea, y dice:

«Cesad ya en vuestra insensatez ...haberse figurado, hombres de flacos discursos, que en el mundo hay una cosa suelta y aislada, que se llama música, cuando en el universo todo, arte, ciencias, progreso todo es música, todo armonía, ¡todo maravilloso concierto! Wagner, que así lo comprendió

Berlioz - Yo he votado a favor de Wagner

Urania. - Pues ven acá, ente incorregible

Mira aquí tu voto: NO, mira tu propia letra, has cometido la imprevisión de escribirlo al dorso de un borrador de Los Troyanos. Vete,

Urania. -Y vosotros, que creídos de que Wagner había de entrar por la puerta de los músicos, como si fuese un ruin tamborilero, estáis aquí discutiendo sobre su admisión, habéis de saber que ha entrado por la puerta grande. (Bravos y aplausos en la Izquierda), y hace ya más de quince días que le tengo instalado en el principal en compañía de Shakespeare, Goete, Descartes, Newton, Aristógenes...

.Voces en la derecha.-No, no, Aristógenes, la música del sentimiento... éste debe estar con nosotros....

Urania. - Cervantes. Pitágoras ...

Voces en la derecha. - Pitágoras... ah... bravo, bravo, la música del cálculo, la música algebraica, allí, allí, Wagner

Urania no pudo continuar. El tumulto crece, los de la izquierda aplauden, los

otros se Amotinan. A Bellini le da un síncope, y Donizetti acude a auxiliarle con un frasco de “Elixir d'amore”; el presidente se cubre y... cae el telón.»

LLAMA QUE SE. APAGA

Joaquín Pena, en la biografía que escribió de Marsillach, dice que tuvo que meterse en cama enfermo de muerte pocos días después de la del maestro. No parece que agravara tan rápidamente, puesto que en abril había fechado en Caldetas el escrito de que acabamos de hablar y el mes siguiente lo revisa en Barcelona; donde lo fecha de nuevo.

Durante estos meses, a pesar de su quebrantada salud, sigue trabajando. Escribe artículos, revisa los publicados y los corrige en vistas a una recopilación de sus obras que no llegará a ver la luz. Parece que en esta época atiende con solicitud estudios sobre música oriental, fruto del reciente viaje y la redacción del mismo que dejó atrasada. Se adivina ilusión en el autor por ver publicado este viaje en forma de libro. Incluso en el fondo de la misma palpita un cierto afán por borrar antiguas actitudes insumisas a causa de sus contrariados amores. Dice la dedicatoria:

“A mi queridísimo Padre a quien tanto debo, a quien nunca amaré demasiado ni seré bastante agradecido.

“A mi amantísima Madre cuyos desvelos y tiernos cuidados sostienen mi delicada existencia.

“A entrambos dedico esta obrita. Recibidla como un homenaje de amor y veneración de vuestro hijo Joaquín. Barcelona, 1883”.

Tan cariñosa dedicatoria cancela toda acritud que pudo haberse producido en los días de pugna y nerviosismo antes aludidos.

En la suntuosa torre que el doctor Marsillach construyera como exponse de su fecunda laboriosidad profesional en el Turó de Monteroles, por urbanizar entonces con patio central estilo árabe, oratorio con mosaico traído de Tierra Santa, jardín con grutas y logia pompeyana, que en mi niñez habité algunas temporadas en aquella torre donde los padres habían soñado días venturosos acompañados de su hijo y de una esposa bien amada, no hallaron más consuelo que luchar denodadamente para salvar aquel hijo que se les iba con su bagaje de enormes posibilidades; aquel hijo que a los diecinueve años había

impulsado el wagnerianismo español y el italiano, que se había granjeado el afecto del gran innovador, y al morir en plena juventud, por cruel paradoja, no pudiendo retener la suya, había dado vida a cuanto tocara. El cuerpo de Marsillach languideció aceleradamente, pero su espíritu, hasta el postrer instante, fue pura llama en la cual bullían ilusiones artísticas, esperanzas de amor, planes optimistas, viajes, proyectos de estudios que después de él nadie ha realizado.

En el atardecer del 11 de agosto de 1883 aquella llama viva se apagó para siempre, dejando un vacío en la cultura barcelonesa, que, al decir de Joaquín Pena, después de un cuarto de siglo aún subsistía.

Anotemos que no se ha hecho la debida justicia a este barcelonés insigne que, a pesar de su vida brevísima -murió a los veinticuatro años - supo conquistarse un lugar entre los que merecen ser recordados.